

Eduardo Labarca

24 de abril de 1999

El último avión

Al despertar en su forzada residencia de Virginia Waters el anciano cree divisar desde la cama el acerado Boeing-707 que ha llegado nuevamente desde Chile a Inglaterra a buscarlo. La lluvia golpea los cristales y a la imagen difusa de ese avión que permanece en un extremo de la base aérea de Bryce Norton se une ahora la evocación de otro avión, el del vuelo aciago que el 22 de septiembre lo trajo a Londres hace --parecería-- un siglo. En los días de su llegada estaba seguro de que después de que lo operaran en una clínica discreta podría comprarse una corbata en Harrods y pasear convaleciente por las calles rodeado del afecto, o al menos del respeto de los ingleses. Pero ahora, acunado por el efecto voluptuoso del somnífero de la noche anterior, va entendiendo vagamente que fue un error haber confiado en ese avión sin tener en cuenta que desde que entró en la historia a fuego y sangre los aviones le habían sido siempre de mal agüero.

Cuando el anciano se da vuelta entre las sábanas, su mente aletargada evoca el día de 1975 en que abordó un avión rumbo a Madrid con la ilusión de ser recibido con honores en el funeral de un militar que como él había derrotado al comunismo. No logró entonces explicarse tanta soledad: que nadie quisiera fotografiarse con él junto al féretro del generalísimo Franco; que los mandatarios de las grandes potencias anunciaran que no asistirían al Te Deum en caso de que él fuese a estar allí; que su salida de España de regreso a Chile tuviese que adelantarse en un día a petición del gobierno español; que el joven rey Juan Carlos, el nuevo monarca, ni siquiera tuviera tiempo de despedirse de él.

Atrincherado en su refugio de Chile, había decidido entonces olvidar la ingratitud de Europa y limitarse por un tiempo a vuelos cortos en América Latina a invitación de otros generales gobernantes. Hasta que un día, en septiembre de 1977, sintió llegada la hora de seducir al público y voló a Washington a la ceremonia de firma de los tratados de devolución del Canal de Panamá. Allí lo aguardaban la ostensible frialdad de Carter y Torrijos y la exigencia pública del presidente de los Estados Unidos de que pusiera término a las violaciones a los derechos humanos en Chile.

Si el Occidente corrompido le hacía tales afrontas, él, profesor de geopolítica, bien sabía que el futuro de la humanidad anidaba en otras latitudes. Por ello ese mismo año viró sus esfuerzos hacia la región Asia-Pacífico donde su embajador le obtuvo una invitación del presidente Ferdinand Marcos, un hombre que como él luchaba enérgicamente por cerrar el paso al comunismo en Filipinas. Una banda de 140 músicos despidió en Santiago al viajero, quien después de hacer escala en Isla de Pascua hubo de digerir la atroz afrenta de

recibir en pleno vuelo el mensaje en que Marcos, atemorizado ante los rumores de un atentado y las contramanifestaciones que esperaban al visitante en Manila, le retiraba la invitación. A diez mil metros de altura el general tuvo que adoptar con sus estrategias la decisión de aterrizar en Fidji, una isla donde repostarían gasolina para el regreso a Chile. Desde la ventanilla divisó a los isleños que sin duda venían a ofrecerle las guirnaldas de una bienvenida que en otras partes injustamente le negaban. Pero no. Iracundos, los fidjianos llegaban con sus jefes tradicionales a la cabeza a impedirle pisar el suelo de la isla. El personal del aeropuerto se declaró en huelga contra los visitantes y Pinochet y sus acompañantes hubieron de permanecer encerrados en el avión hasta la madrugada, para salir finalmente rumbo al hotel bajo una lluvia de huevos y tomates que se estrellaban contra los automóviles.

Entreabriendo los ojos en la mansión inglesa que ahora habita por voluntad de un osado juez español, el anciano sigue reviviendo ese cuarto de siglo en que ningún avión pudo llevarlo en gloria y majestad fuera de su patria hacia los recibimientos triunfales que merecía. En la tibieza de la cama recuerda en cambio complacido que los aviones y helicópteros siempre lo ayudaron en Chile al cumplimiento de su misión. No sólo los certeros Hawker Hunter que habían sellado con sus misiles la batalla contra el gobierno marxista del Presidente Allende. Por su memoria ronda el helicóptero en que encontró oportuna muerte el general Oscar Bonilla, Ministro de Defensa de la dictadura, que había osado reclamarle tolerancia hacia los vencidos. Y por su mente vuela el helicóptero Puma que en octubre de 1973 había llevado al norte de Chile al general Sergio Arellano Stark, premunido de una credencial que él de su puño y letra le había firmado, a dirigir el fusilamiento de sesenta y ocho presos políticos en las localidades donde los jefes de plaza se habían mostrado demasiado blandos. El anciano sonríe para sus adentros al evocar la astucia con que aprovechó el horror que provocaron esos fusilamientos para llamar a retiro a Arellano Stark y librarse por fin de un general ambicioso con el que se hallaba en abierto conflicto.

El anciano da vuelta la almohada y la funda fría lo ayuda ahora a regodearse con la memoria de ciertos vuelos que salían de Chile en los años en que él era todopoderoso. En avión había viajado en 1974 de Santiago a Buenos Aires el agente Enrique Arancibia Clavel, hoy encarcelado en Argentina por el atentado en que murieron el ex comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats, que se había mantenido fiel al gobierno constitucional de Allende, y su esposa Sofía. En avión voló de Chile a Washington el agente confeso Michael Townley a poner la bomba que destrozó los cuerpos del ex ministro Orlando Letelier y su secretaria Ronnie Moffit, y en avión el mismo Townley partió a Italia a balear al ex Vicepresidente de Chile Bernardo Leighton y a su esposa Anita.

Pero el anciano aprieta los párpados tratando de alejar de su lecho el recuerdo de la conspiración mundial cuyos activistas antipatriotas habían surcado todos los cielos para desprestigiarlo y negarle las glorias que él merecía. En su trinchera chilena él recibía por

entonces información de que todas las líneas aéreas se confabulaban para transportar a los resentidos hacia las Naciones Unidas a vocear sus calumnias de torturas y asesinatos. Pocas veces el cielo del mundo había estado tan negro para un gobernante y pocas veces tantos países habían abierto los brazos a sus enemigos. Sus servicios de seguridad le informaban que desde Roma una oficina denominada Chile Democrático coordinaba las actividades de un exilio movedido que conspiraba contra él en cincuenta países. Sus embajadores le daban cuenta alarmados de que los gobiernos de los cinco continentes acogían con manifiesta simpatía a los agentes viajeros de Chile Democrático, como el radical Benjamín Teplitzky, el comunista Luis Guastavino, el mirista Humberto Edgardo Mewes, el cristiano de izquierda José Antonio Vieragallo y el mapucista José Miguel Insulza, para el cual el anciano tiene esta mañana una tierna sonrisa de perdón y agradecimiento por las incansables gestiones realizadas como Ministro de Relaciones Exteriores por su libertad. En estrecho enlace con los extremistas, Mariano Fernández, actual Subsecretario de Relaciones Exteriores -- que también merece hoy una semisonrisa bondadosa del anciano-- representaba en la República Federal de Alemania a los democratacristianos chilenos y viajaba por Europa desprestigiando al gobierno militar. Los servicios secretos habían detectado asimismo que los comunistas Luis Corvalán, Volodia Teitelboim y Gladys Marín entraban y salían clandestinamente de Chile procedentes de Moscú, mientras el ex canciller socialista Clodomiro Almeyda enviaba a sus agentes desde Berlín Oriental, donde funcionaba con patrocinio oficial la eficiente organización Chile Antifascista. En Madrid el socialista Eric Schnake recibía el apoyo del gobierno de Felipe González, mientras otros dirigentes exiliados actuaban públicamente en Estados Unidos, Cuba, Suecia, Canadá, Australia... Los miristas tenían su nido en La Habana, y en Ciudad de México el ex senador radical Hugo Miranda dirigía la Casa Chile, financiada con subvenciones oficiales. Nunca habían faltado tampoco a la viuda de Allende, a los enemigos de su gobierno y a todos los subversivos que huían de Chile los pasajes de Aeroméxico, Aeroflot, Cubana de Aviación, Iberia, Lufthansa, Air France, Interflug, Alitalia, Air Algérie, Finnair para recorrer el mundo en avión dedicados a su campaña de desprestigio.

Otra vuelta en la cama trae a la mente del anciano el placentero recuerdo del informe de sus servicios de seguridad que daba cuenta de que en uno de esos vuelos su amiga, la primera ministra británica Margaret Thatcher, se había encontrado a boca de jarro con la ex diputada Laura Allende, hermana del Presidente. Durante el vuelo Laura Allende había tratado de convencer a lady Thatcher de que Inglaterra dejara de votar a favor del gobierno militar de Chile en las Naciones Unidas, pero la leal baronesa, agradecida por el apoyo de su amigo chileno a las fuerzas expedicionarias del imperio en la guerra de las Malvinas, había rechazado con desdén una petición tan improcedente.

El anciano abre un ojo y mueve una ceja con el tranquilo orgullo de saber que a pesar de que el mundo se confabulaba en su contra, él jamás vaciló en el cumplimiento de su cometido histórico. Sin contar los fusilamientos reconocidos, las muertes “en combate” y “por intento de fuga”, la espúrea Comisión Rettig, constituida cuando él dejó la Presidencia, había hablado de dos mil casos de detenidos desaparecidos, pero él, como corresponde al general triunfante en una guerra, se había negado a reconocer los hechos y a pedir el perdón que la Iglesia Católica le reclamaba.

En un viraje de su duermevela el anciano saborea su orgullo ante el silencio noble y la lealtad ejemplar que hasta ahora han sabido mantener respecto de esos hecho el Ejército y las Fuerzas Armadas, con la sola excepción de un par de soldados de bajo rango, como un tal Samuel Fuenzalida, ex guardia del cuartel que la DINA había tenido en San Antonio. Fuenzalida había revelado que en la hoja de cada uno de los detenidos que allí llegaban figuraba una clave: “Moneda” quería decir envío a un lugar como Colonia Dignidad, ejecución y sepultación en tierra; “Puerto Montt” era el vuelo mar adentro en helicóptero y el lanzamiento al océano. Para que los condenados caminaran con docilidad hacia el helicóptero, les inyectaban sedantes y les hacían creer en un vuelo de traslado a otro lugar de detención o hacia la libertad. El soldado Fuenzalida había declarado que con el fin de evitar que los cadáveres se hincharan en el agua y salieran a la playa flotando, como había sucedido con el de la profesora Marta Ugarte, a los prisioneros seminarcotizados les abrían el cuerpo a bayonetazos antes de arrojarlos vivos desde el aire. Al regresar a la base se lavaba la sangre del helicóptero.

Protegido de los fríos traicioneros de la primavera inglesa por el peso de un cálido edredón, el anciano ha seguido soñando con aviones y helicópteros. De súbito se agita violentamente en la cama y siente con lucidez absoluta que el esperado vuelo triunfal por fin es inminente. Salta de la cama, viste su uniforme y se abre la puerta y llegan los guardaespaldas a buscarlo. Rueda el Mercedes blindado con escolta de motoristas ingleses hacia la base de Bryce Norton. El viajero se despide desde la escalerilla con la mano en alto y entra en el avión que le envía el Gobierno de Chile y se deja caer por fin en un asiento amplio. Vibran los motores y el turbohélice de la Fuerza Aérea de su patria despega llevándolo hacia su destino definitivo, hacia Chile, hacia la impunidad. En Santiago millones de personas venidas en peregrinación de todo Chile y del amplio mundo se preparan para recibirlo y reconocerle en vida el mérito de haber derribado al gobierno diabólico de Salvador Allende y haber iniciado la derrota definitiva del comunismo sobre el planeta.

Cuando el anciano despierta en su cama de Virginia Waters, la ventana sigue allí. Afuera persiste la llovizna, y la angustia que se va alojando en la boca de su estómago le dice que un turbohélice calienta en este instante los motores y lo espera para despegar. El avión no vuela a Chile, sino a Madrid.